

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, TRUJ

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 249

25 cts.



**EL GRITO
DE BATALLA**

FOR
HOOT GIBSON
Filmoteca
de Catalunya

SEDGWICK, Ed

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 249

El Grito de Batalla

(THE FLAMING FRONTIER, 1926)

Emocionante producción americana, interpretada por notabilísimos artistas y bajo el siguiente reparto

Yotanka	Noble Johnson
Samuel Belden	Ward Crane
Senador Harguess	Charles K. French
Roberto Langdow	HOOT GIBSON
General Custer	DUSTIN FARNUM
Joe	Harry Tood
Senador Stanwood	George Fawcett
Lucrecia	Katleen Key

etc.

SUPER-JOYA "UNIVERSAL"

Concesionaria

Hispano-American Films, S. A.

Valencia, 233-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
SYLVIA BREMER



El Grito de Batalla

Argumento de la película

Corría el año 1876. Terminada la guerra del Norte contra Sur, campeaban ya en la bandera de los Estados Unidos estrellas que representan otros tantos Estados. Pero en uno de ellos existía un territorio en el que, aunque menguada, vivía la raza de los primitivos pobladores de la libre América, que, celosos de su tradición y de su independencia, poseían aún parte de las tierras fértiles en donde nacieron. Y aquellas tierras las ambicionaban unos hombres blancos en nombre del progreso de la joven república. Y aquella raza había de ser exterminada... ¡en nombre de la civilización!

Eso es lo que muestra la película que vamos a relatar. Es decir, la epopeya del indio que con sus armas primitivas defiende su tierra contra la ambición del hombre moderno que le ataca con la pólvora y el alcohol.

* * *

Sólo les quedaba a los indios sioux los ricos territorios de Dakota en donde les confinó el Gobierno de Washington a cambio de comprarles los productos de la tierra.

En los fértiles valles, en las verdes laderas y en las entrañas de los montes que aun eran suyos, estaba la riqueza de la que todavía se enorgullecían los indios de poseer.

En el límite de aquellos territorios nació la aldea de Uncapapa, en donde estaba una oficina de la Comisión India de Washington.

Samuel Belden era conocido, aun por los mismos blancos, como ayudante de ciertos políticos de Washington. Su única misión era despojar a los indios de lo que era bien suyo.

Yotanka, uno de los más venerados jefes sioux, fué cierto día al encuentro de Samuel Belden para reclamar unos terrenos que le habían sido robados; mas resultó inútil cuanto dijo en su defensa.

El odio de los expoliados indios iba en continuo aumento, por lo que ardían en el ansia de que llegase el día que ellos pudieran acorrallar a los hombres blancos como lo hicieran sus abuelos.

Pero los indios tenían un enemigo formidable en la bebida. La Comisión de Washington había mandado vendedores de *whisky* a aquellas tie-

rras, y por una botella dábanlo todo los indígenas.

En tanto, en Washington, la Comisión India trazaba los planes de destrucción de los indios.

El senador Harguess consideraba enemigo de la nación a todo aquel que alzaba la voz en favor de los indios.

Aquel día, dijo el senador Harguess a sus colaboradores, reunidos en Consejo:

—Va a ser cuestión de ocuparse seriamente del senador Stanwood, ese flamante campeón de la causa india. Está a punto de descubrir nuestra venta de terrenos. Nuestro agente Belden nos escribe diciendo que en Dakota ese buen hombre está levantando polvareda.

Uno de los miembros de la Comisión atajó al senador Harguess:

—El presidente Grant tiene gran fe en Stanwood. Si no queremos fracasar, es necesario neutralizar esa influencia.

—Stanwood es un hombre popular, pero no tiene fuerza política — contestó Harguess—. Aseguro a ustedes que sabré anularle ante el Presidente.

Por montes y caminos, senderos y vericuetos volaba, en la región sobre la cual tenían puesta su codicia los miembros de la Comisión de Washington, el *expreso de a caballo*, admirable institución que, basada en el valor individual del hombre, servía para llevar las nuevas del país civilizado de una a otra orilla del continente americano.

Por aquellas fechas, Roberto Langdom era el

más rápido y experto agente del *expreso de a caballo*.

Muchos encuentros había tenido con los indios, que pretendieron cortarle el paso; pero había salido siempre con bien de todos ellos.

El general Jorge Armstrong Custer, jefe de las fuerzas del distrito, era un hombre que con la apariencia de mal genio se obstinaba en ocultar la bondad de su corazón.

Enterado por una nota recibida en aquellos momentos de que Yotanka, el venerado jefe indio, dispuesto a vengarse de los hombres ladrones, había acampado con su gente en actitud levantisca, fuera del límite de sus tierras; y de que debía obligarle a volver atrás, por la fuerza, si ello fuere necesario, dirigióse sin demora al campamento en cuestión.

Yotanka le recibió con severidad.

—Yotanka — le dijo el General—, no puedo tolerar que acampes fuera de tu frontera. Me llevaré rehenes que no te devolveré hasta que estés de nuevo en tus tierras.

—General — respondió Yotanka—, los blancos venden nuestras mejores praderas... se apoderan de nuestros ganados... exterminan la caza y quieren confinarnos en los áridos pedregales de las montañas... ¿Es que hemos de morir de hambre?

—Regresad a vuestras tierras y yo haré que el Jefe Blanco de Washington cuide de hacer respetar el tratado.

Yotanka prometió obedecer; pero apenas es-

tuvieron alejados el General y sus hombres, que se llevaron un jefe como rehén, dijo a sus guerreros:

—Ahora sois pocos a mi alrededor... pero está



—General, los blancos venden nuestras mejores praderas... se apoderan de nuestros ganados...

cercano el día en que nuestras mujeres podrán burlarse de las cabezas segadas de los blancos.

El campamento en donde estaba establecido el cuartel general de Custer era una pequeña colonia fortificada en tierra enemiga.

Al viejo Joe Buckskin, valiente y sagaz ex-

plorador conocido en todo Dakota, sólo un enemigo le había vencido: el whisky.

El General, al verle, de regreso del campamento de Yotanka, le reprochó su feo vicio.

—¿Otra vez has bebido, Joe?

—Bebí de los indios, General... Compraron demasiado y no podían acabar con él.

—¡Alcohol! ¡El mayor peligro para nosotros en manos de esa gente! — exclamó el General, preocupado.

También estaba muy preocupado Joe ante la tardanza del correo, su mejor amigo, por quien daría hasta su vida.

En efecto, Langdom tardaba aquel día como nunca.

Se temía que le hubiesen atacado los indios, y era lo cierto; pero Langdom supo burlar a sus perseguidores y, al fin, presentóse en la colonia.

Joe le abrazó, y como Langdom, valiente, joven y de gran corazón notase que su amigo había perdido el timón, lo apartó de sí.

—¿Otra vez borracho? ¿Qué excusa vas a dar hoy?

—Ya se la di al General... Por eso no puedo dártela a ti.

—Vaya, hombre, vaya; eres una cuba ambulante.

—No me digas eso. No me lo digas. Ya sabes que yo...

—Déjame en paz.

El General mandó llamar a Langdom.

—¿Qué me querrá? — dijose el correo delante de Joe.

—Has llegado tarde, muchacho, y el jefe debe querer pedirte explicaciones. No temas. Yo entraré contigo.

—¡Bonita ayuda!

Langdom presentóse ante el General. Joe se apartó a un lado de la mesa del jefe.

El General, muy ceñudo, dijo a Langdom:

—Hoy has traído el correo con cuatro horas de retraso. ¿Por qué?

—Señor, los indios me obligaron a desviarme del camino para huirles.

—¡No debías desviarte por nada! ¡Quedas despedido del servicio de correos!

—Pero... — intervino Joe en vista de que la estupefacción cortaba el habla a Langdom.

El General golpeó furiosamente la mesa y continuó, dirigiéndose al correo.

—Este documento que acabo de recibir, hace oficial la despedida.

Langdom apoderóse de la carta y la leyó temblorosamente, no explicándose la inusitada dureza del General.

Apenas hubo echado la vista sobre el escrito, Langdom quedó perplejo. ¡Ahí era nada saber que cesaba en su empleo de correo para ingresar en la Academia Militar como cadete, por orden del Presidente de la República!

—¡Oh, mi General! — exclamó Langdom.

El jefe se reía a carcajadas, y cuando la risa

se aplacó un poco, explicó la verdad al valeroso ex correo.

—Se lo pedí al senador Stanwood y lo ha conseguido. Desde Wáshington como desde todas partes demostraré siempre que es mi mejor amigo.

Luego el General, estrechando la mano de Langdom, continuó, en tono solemne:

—Hijo mío, espero que tú sabrás seguir el camino que en América hemos trazado los militares viejos.

—General — respondió Langdom, emocionado—, yo le aseguro que con toda mi voluntad procuraré que esté usted satisfecho de haberme protegido.

Y partió Langdom hacia la Academia Militar de su patria, quedando muy triste Joe... que no olvidaría que el *whisky* era buen compañero de la soledad.

**

En West Point, lugar de la Academia Militar, los novatos hacían su entrada para la inauguración del curso, sufriendo resignadamente las bromas de los veteranos.

Langdom, como todos sus compañeros de ingreso, tuvo que entrar en el célebre recinto caminando de rodillas.

Un magnífico coche, al que Langdom no había visto llegar, se detuvo a sus pies, para no atropellarle.

¡Qué susto!

Pero la casualidad le deparó un encuentro con el senador Stanwood, que ocupaba el citado coche.

—¡Ah! ¡Qué sorpresa! — exclamó el senador—. ¿Es usted el recomendado de Custer? Soy el senador Stanwood y el General es un gran amigo mío.

Se dieron la mano.

A continuación el senador presentó a Langdom a su hija Betty, preciosa joven en esa edad de conquista de corazones, y asimismo a su hijo Lorenzo, que también ingresaba en la Academia aquel día.

Los tres jóvenes simpatizaron en seguida, y desde aquel momento, Langdom y Lorenzo serían excelentes amigos.

En cuanto a lo que serían Betty y Langdom, éste “no tendría el menor inconveniente” en que fuesen novios.

¡Con qué ardor estudiaría el cadete, para honrarse a sí mismo y honrar a sus protectores!

Los principios, como todos los principios, fueron duros, pero la voluntad de vencer era fuerte y derribaba cuantos obstáculos se levantaban en el camino.

Mientras tanto, a través de las montañas de las ricas regiones de los indios, llegaban los aventureros deseosos de poseer la tierra que más les pudiera producir.

Uno de los expedicionarios que formaban parte de una caravana, dijo al jefe de ésta:

—Yo no seguiría en esa dirección, Pardner. Es ya tierra de los indios.

El jefe repuso, importándole poco los indios:

—Sam Belden nos vendió aquellas tierras y a ellas vamos.

Y los emigrantes, confiados en la palabra de Belden, acamparon en terreno enemigo.

No tardaron en presentarse ante ellos dos indios, quienes les indicaron por signos que debían retirarse.

—¿Qué dicen estos brutos? — inquirió el jefe de la caravana al expedicionario prudente.

—Dicen que son tierras suyas y que nos vamos de aquí.

—Dícales, pues, que las hemos comprado a Belden y que si no se marchan les echaré a tiros.

Los indios retrocedieron, pero el jefe de la caravana, ante las miradas hostiles de ellos, disparó su fusil, matando a uno e intentando matar al otro, que pudo huir a caballo con la velocidad del viento.

Un poco más tarde, los indios se vengaban, matando de una certera flecha al criminal jefe de la caravana, la cual hubo de alejarse de aquellas tierras que pisaba por obra del engaño de Belden.

El Presidente de los Estados Unidos, Ulises S. Grant, era un hombre que se hizo célebre en la guerra del Norte contra Sur. Taciturno y de pocas palabras, no tenía más defecto que fiarse demasiado de sus amigos.

Los senadores Stanwood y Harguess habían sido llamados a su presencia para tratar del asunto de los indios, pues hasta Washington había llegado la noticia de las injusticias cometidas con ellos.

El senador Stanwood habló enérgicamente, dispuesto a hundir a su adversario en tan importante debate.

—La realidad y la gravedad de lo que ocurre en Dakota se la están ocultando a usted, señor Presidente. Los indios son robados y maltratados por gente a la que protegen amigos de usted, y si esto no se arregla, es inminente una sublevación.

Harguess tomó la palabra para contrarrestar las acusaciones de Stanwood.

—El señor Stanwood — dijo — está mal informado, señor Presidente. Yo aseguro que si no le convengo presentaré mi dimisión.

Stanwood, enfrentándose agresivamente con Harguess, exclamó:

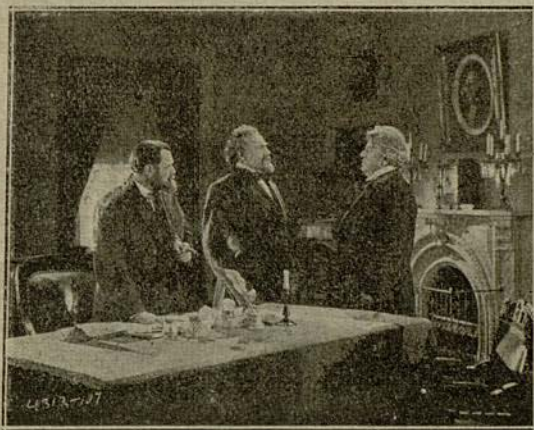
—¡Su dimisión, señor Harguess, constituiría un gran servicio!

—¿Qué dice usted?

El Presidente hubo de intervenir para calmar a los dos enemigos... y estudiaría el asunto a fondo, para obrar de acuerdo con la razón.

Como avanzada de un pirata, frente a las tierras fértiles de las que deseaba apoderarse, se hallaba situado Driftwood, residencia y cuartel general de Belden.

Y como propietario del "Belden Palace" presentábase Belden bajo otro aspecto de sus actividades: ganar dinero con el juego instalado en su



—Su dimisión, señor Harguess, constituiría un gran servicio.

establecimiento de bebidas y robar a la gente vendiéndole licores.

Belden vivía con una bella moza, que actuaba de bailarina en el bar. Lucrecia era su nombre, y por la fuerza de los hechos se veía obligada a obedecer al ambicioso y desalmado ciegamente.

El general Custer, pasando a pocos pasos de

la taberna, en cuya puerta hallábase Belden, detúvose y le dijo:

—Me he enterado de lo que está usted haciendo con los indios y eso es preciso terminarlo. La actitud de los indios no puede ser más amenazadora, y si nos vemos obligados a una campaña sangrienta, usted será el principal causante.

Belden encogióse de hombros. A él no le importaba otra cosa que ganar mucho dinero.

—Yo respondo — dijo al General — de mis actos ante las autoridades civiles... y solamente a ellas.

—Bien está. Pero sepa que pronto llegará el senador Stanwood y que ante él pienso acusarle.

—Agradezco el aviso.

En tanto, en West Point, paseando por los jardines con Betty, que visitaba a menudo a su hermano... y al amigo de su hermano, Langdom deseaba poder decir cuatro palabritas dulces a la hermosa joven.

Lorenzo, acertando a pasar por el rincón donde su hermana y Langdom estaban hablando, dijo a su amigo, maliciosamente, viendo que todo iba por buen camino:

—Seremos siempre buenos amigos, ¿verdad, Roberto?

Betty se azoró, y Langdom, al quedar de nuevo a solas con ella, murmuróle:

—Seremos más que amigos, ¿verdad, Betty?

Y la joven, muy conforme con la pregunta, no pudo apartar sus labios de los de Langdom...

Anulando los efectos de la Comisión India de Washington, el senador Stanwood se hizo el consejero imprescindible del presidente Grant, y los que tenían su negocio en la mina de los indios, llamaron a Washington a su cómplice Belden.

Reunidos en Consejo y ante Belden, buscaron la manera de hacer caer en desgracia a Stanwood. Sólo encontraron un medio: mermar la reputación de Stanwood por medio de su hijo... Un escándalo en la Academia de West Point, por ejemplo.

—Eso no es cosa difícil — dijo Belden—. Precisamente he traído una señorita que lo hará.

Lucrecia fué presentada al Consejo y quedó convenido que ésta enamoraría a Lorenzo, hasta lograr decidírle a visitarla en la casita que alquilaría junto a la Academia. Entonces Belden se presentaría ante ellos, pretextando ser el marido, y Lorenzo sería acusado de libertino ante el director de la Academia, que debería aplicarle el rigor de la ley, que prohibía la salida del recinto de la institución.

Lucrecia cumplió como consumada maestra. Visitó un día la Academia, como si realmente tuviera algún pariente en ella, y cuando vió a Lorenzo, fingió una torcedura de pie.

—¡Uy! No puedo andar. ¿Quiere usted acompañarme? Tal vez desaparezca, andando lentamente, el dolor — dijo a Lorenzo, que había acudido a ayudarla a tenerse en pie.

Y pocos días después, en vísperas de recibir

nía a su vera a un joven digno de ser Príncipe.
¡Qué simpático! ¡Qué fino!

Ricardo la miró a su vez, como casualmente, y Catalina apartó presurosa su vista de él, no pudiendo disimular una sonrisa de gratitud al Destino, que había querido corregir su error.

Para calmar su sorpresa, Catalina formaba un canuto con el programa que le entregara la acomodadora, pero se le soltó de las manos y cayó al suelo.

Ricardo lo cogió y devolvióselo a ella, saludándola.

—Muchas gracias...

—Al contrario, señorita.

El silencio estaba roto. Empezaba la aventura amorosa deseada por Catalina.

—Hermosa noche para... para dejar caer programas, ¿no le parece? — dijo Ricardo a Catalina.

Ella sonrió... él no era tímido, y la función no tuvo ya ningún interés para ambos.

En tanto, el buen hombre que apestaba a ajos, ponía nerviosa a una encopetada dama que no podía tolerar otro perfume que el que ella usaba.

Al salir del teatro, Ricardo acompañó a Catalina hasta el pie de "su" casa en su lujoso automóvil.

Encantado de la conquista en puerta, Ricardo despidióse cariñosamente y le preguntó, supliéndole una respuesta favorable:

—¿No me dirá usted cómo se llama?

—Sí. ¿Por qué no? El número de mi teléfono es Plaza 241.

—Gracias. Abusaré de este dato comunicándome con usted a cada momento.

—No sé si le contestaré.

—Confío en que sí.

—Ya veremos...

Y así, sin que Catalina alcanzara a darse cuenta de ello, lo que empezó siendo una travesura convirtiase, por la inexorable lógica de los hechos, en algo muy real.

Casi todos los días Ricardo mandaba flores a Catalina, y la Cenicienta las aceptaba de buen grado, no recordando que su condición era humilde hasta que Nicolás, sonriéndole desde el retrato, la volvía a la realidad. ¡Qué inoportuna solía ser la fotografía del dueño de la casa!



Los padres de Catalina y Sofía, ansiosos de ver a la audaz provinciana, se trasladaron en un mal automóvil a la ciudad, a la que llegaron cubiertos de polvo, grasa y demás gages de un viaje en pésimas condiciones.

Preguntando lograron llegar ante la casa de Nicolás, en la que encontrarían a Catalina.

—Le hallé aquí, señor oficial, molestando con sus tonterías a mi esposa.

La situación de Langdom era sumamente crítica.

Conducido al día siguiente a presencia del



—Le hallé aquí, señor oficial, molestando con sus tonterías a mi esposa.

director de la Academia, en cuyo despacho se hallaban Ketty y el senador Stanwood, Langdom esperaba ser salvado por el verdadero culpable, pensando en la influencia del senador.

El oficial que le acusaba dijo:

—El señor Langdom estaba fuera del recinto

de la Academia y fué hallado en las habitaciones de su señora.

El director preguntó a Langdom si ello era verdad.

—Es cierto — respondió el noble joven.

Betty lloraba, y el señor Stanwood, pensando en el general Custer, estaba indignado.

Fué llamado a declarar Lorenzo, para que dijese si había salido con Langdom o, al menos, si le había visto salir.

Langdom confiaba en la declaración que haría Lorenzo.

—¿Dónde estuvo usted ayer noche? — preguntóle a Lorenzo el director de la Academia.

Lorenzo pasaba por un momento terrible, pero no tuvo valor — a pesar de las súplicas de su hermana y las miradas de su padre para que ayudase, si podía, a Langdom a salir del terrible apuro — de declarar la verdad.

—Anoche no salí de mi habitación, señor — dijo —, ni sé si mi compañero salió.

Langdom sufría horriblemente. ¿Qué pensaría de él Betty, su dulce amada? ¿No había ésta adivinado a través de las lágrimas que asomaron a los ojos de Lorenzo, que éste no lloraba porque iban a castigar a un amigo, sino porque su culpa la pagaba un demasiado noble compañero?

Lorenzo siguió en el despacho del director, esperando el fallo de éste respecto a Langdom.

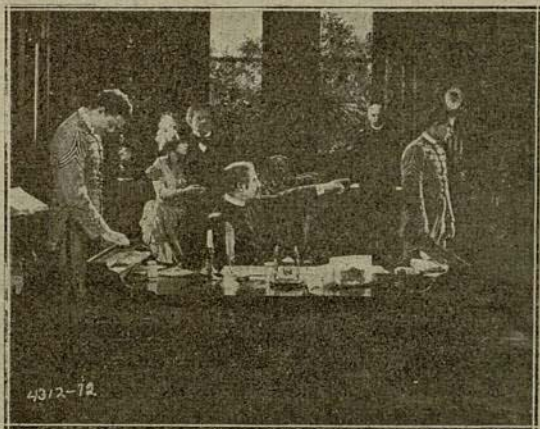
El senador Stanwood acercóse a Langdom y, muy dolorido, le dijo:

—¿No tiene usted nada que decir para justi-

ficarse?... ¡Piense en el disgusto que dará al general Custer!

Muy digno, Langdom contestó:

—No tengo nada que reprocharme... Lo ocu-



—Además, le impongo la pena del silencio.

rrido no son mis labios los que deben decirlo.

Betty se abrazó a su padre y lloraba amargamente.

Estaba bien clara la culpabilidad de Langdom, y, obrando de acuerdo con el reglamento, el director de la Academia pronunció su inapelable sentencia.

—La prueba es concluyente. Queda usted expulsado de la Academia.

Lorenzo curvó su cabeza sobre su pecho, cometiendo por cobardía la avilantez de callar.

Langdom, con la conciencia muy limpia, pero amargado su corazón, dispúsose a salir del despacho del director; mas éste, llevando al máximo la pena impuesta, como ejemplo de dura lección para los demás, le detuvo con una orden y le dijo:

—Además, le impongo la pena del silencio. Ninguno de sus antiguos compañeros podrá dirigirle la palabra mientras esté usted en el recinto de la Academia.

El castigo era terrible. No lo comprendió tanto Langdom como hasta cuando se marchó. Nadie, ni Lorenzo, por orden severísima superior, pudo despedirse del inocente compañero.

Fué horrible.

El cobarde Lorenzo, contemplando a su amigo desde un rincón, oculto como los verdaderos culpables, lloraba.

**

Pasaron para Roberto Langdom días tristes en las praderas agostadas bajo el sol abrasador, y noches interminables de amargura en las que no podía alejar de su mente el recuerdo del gesto noble que tronchó su carrera. Y por fin un día volvió a su antiguo campamento.

La alegría de Joe, el sempiterno borracho,

que estaba aquel día, caso raro, sereno, no conoció límite.

Los demás buenos amigos también dispensa-



La alegría de Joe, el sempiterno borracho, no conoció límite.

ron cordial acogida al que tanto echaran de menos.

Langdom se sinceró con Joe, a solas, pero sin aludir para nada a Lorenzo.

—Joe, ante las autoridades de la Academia resulté un mal militar y un mal caballero... ¡Y me expulsaron!

—Vaya, no te apures, Roberto. Aquí todos

sabemos lo que eres y lo que tú vales. No hemos de hablar más de ello.

El general Custer esperaba ansiosamente ver a su protegido. Langdom fué a visitarle en su tienda de campaña, la frente alta, pero los ojos velados por la emoción.

—Mi General...

El jefe le tendió la mano.

—Se bienvenido, Roberto. He sabido tu desgracia y de veras lo siento... Pero yo te conozco, muchacho... No he dudado nunca de ti... Y ahora, como lo harías a tu padre, dime la verdad.

—Soy inocente, mi General... Es cuanto puedo decir a usted.

Langdom pensaba en Lorenzo, y éste, como acatando la invocación de su noble amigo, presentóse ante el General.

La sorpresa de los dos compañeros de Academia fué inenarrable. Pero no cambiaron la menor palabra. Lorenzo quedó cortado. Langdom le miró con piedad y severidad a un tiempo.

Lorenzo comunicó una breve noticia al General y desapareció con inusitada precipitación.

Para el General no había pasado inadvertida la turbación de Lorenzo y el duro mirar de Langdom; y dijo a éste:

—Estoy seguro que el teniente Stanwood ha tenido que ver con tu expulsión. Se lo he conocido.

—No... no... Pero... acaso sea mejor que usted lo sepa todo desde ahora mismo.

—Habla, muchacho...

—Lo que pasó fué que Belden armó una tram-

pa para desacreditar a Lorenzo y que yo me atribuí la culpa para salvar de una vergüenza a su amigo de usted el senador Stanwood.

—¡Te admiro, Roberto! Fía siempre en mí como jefe y amigo, más amigo que jefe. Ya veremos qué pasa aquí. El senador Harguess ha debido ser el instigador de ese juego infame. Pero Stanwood viene a hacer una investigación y acabaremos con todos los canallas.

Belden, en tanto, en su poblado de Driftwood, seguía sus maniobras.

Enterado de que Stanwood llegaría de un momento a otro para hacer una investigación y de que si se encontraba con el general Custer estaban perdidos todos los que hasta entonces habían explotado a los indios, cumpliría de un modo u otro el encargo que recibía de la Comisión de Washington de separar a ambos amigos.

No encontrando un medio mejor para realizar su plan criminal, Belden fué al encuentro de Yotanka, el jefe indio tan resentido con los blancos.

—El Jefe Blanco de Washington ha dicho al General que venda todas vuestras tierras y os quite los ganados para acabar de una vez con vosotros. Yo soy amigo vuestro porque sois valientes. Escuchadme. Reunid a todos vuestros guerreros y matad al General que es vuestro enemigo.

Yotanka contestó, relampagueándole los ojos de sed de venganza:

—Llamaré al Gran Consejo a todos los jefes... ¡y la senda de la guerra temblará bajo

nuestras pisadas! Nuestras tiendas serán un bosque inmenso, nuestros guerreros brotarán como la hierba en nuestros campos... ¡y peharemos por nuestros bienes, nuestras mujeres y nuestros hijos!

Belden estaba extraordinariamente satisfecho.

El senador y su hija llegaron aquella tarde, viendo Langdom a su amada, sin atreverse a acercarse a saludarla creyéndose olvidado... si Lorenzo no había tenido con ella la nobleza de declararle la verdad.

Por la noche se celebró un baile en honor del senador.

Joe, que estuvo espionando a Langdom toda la noche, comprendió lo que le causaba tanto pesar, y al verle regresar a la barraca donde vivían juntos y en cuyo sitio de honor había una fotografía de la joven, fué a buscar a ésta. Separándola de un joven oficial, le dijo:

—Señorita Stanwood, su padre está en mi barraca y desea verla ahora mismo.

Betty obedeció, y al entrar en la barraca sorprendió a Langdom contemplando su retrato.

—¿Tú aquí? — preguntó Roberto.

—¡Oh, Roberto!

Se abrazaron. Se querían siempre. Pero, pasado el primer momento, Betty preguntó a su amado por qué, habiendo declarado ante el director de la Academia que era inocente, había permitido que lo expulsaran cuando faltaban unos días solamente para transformarse en oficial.

—¿Ni aun ahora quieres decirme qué te sucedió?

—Si exiges eso... ¿es que dudas de mí! Aun no puedo decirte nada... Cree en mí y espera.

—Tengo derecho a saberlo... y cuando callas, es que hay algo que debe avergonzarte.

Y Betty, muy enojada, se separó de Langdom, que insistió en callar.

Joe se daba a todos los demonios al ver fracasado su trabajo.

Mientras, en la montaña, las hogueras guerreras elevaban sus llamas al cielo en las sombras de la noche, y los jefes predicaban la guerra invocando a sus dioses salvajes y recordando las viejas victorias de la raza.

*
**

El grito de guerra de Yotanka se extendía hacia el Norte, como el fuego en el bosque azotado por el ardiente viento de verano... y las tribus enloquecían sintiendo despertar viejos hábitos de guerra y exterminio...

Belden se enteró por uno de sus hombres que el número de indios engrosaba de tal modo en el campamento de Yotanka, que éste a aquel paso pronto tendría más de diez mil guerreros a sus órdenes.

Belden, llegado el momento de obrar, dijo a su cómplice:

—Ve al fuerte y di al General que en Cuerno Grande hay unos cuantos indios revoltosos a los que es preciso pacificar.

—¿Unos cuantos?... ¡Si son varios miles!

—Para ti y para mí serán diez mil, pero es preciso que para Custer sólo sean unos cuantos.

—Pero... No, no...

—Toma, bribonazo.

Comprada la complicidad del hombre en tan grave mentira, Belden no dudaba que el General no vacilaría en tener en cuenta la información del blanco explorador de la región, y que pronto la victoria de los indios sería un hecho magnífico.

Lucrecia, que había sorprendido la conversación de Belden con el que trajo la noticia de la rebelión de los pieles rojas, horrorizóse al pensar en las víctimas que habría engañando tan inicua mente al General acerca del número de enemigos. Y, por primera vez desde que le trataba, la aventurera llevó la contraria a su amante.

—Samuel, lo que te propones es que los indios maten a todos los blancos que se les pongan delante. ¡Es una infamia monstruosa que no puede consentirse!

—No te metas en mis asuntos. Juré exterminar a Custer y eso es todo.

—¡Pero es que con él llevarás a nuestros compatriotas a una muerte segura y horrible!

—¡Cállate ya!

Belden empujó violentamente a Lucrecia y dejó que la venganza siguiera su curso.

De las más lejanas llanuras llegaban al campamento de Yotanka indios de todas las razas, ansiando guerra.

El General reunió a sus hombres y encaminóse a Cuerno Grande, ajeno al golpe que iba a asestarle el destino.

El senador Stanwood despidió a su amigo, confiando en verle regresar pronto con la victoria de su parte.

A poco de haber partido las tropas, Lucrecia dirigiéndose a la casa del senador Stanwood, y encontrando a Betty le dijo, suplicando que obrase con rapidez:

—Yotanka ha preparado una emboscada con diez mil hombres... ¡Por Dios, salve usted a Custer y a todos!

Betty, midiendo el peligro en toda su importancia, voló en su caballo al encuentro de las tropas; pero el cómplice de Belden, sorprendiéndolo la traición de Lucrecia, cerró el camino a Betty y la condujo a la taberna del infame, en Driftwood.

Al llegar a poca distancia del campamento enemigo, el general Custer dividió, sin pensar en las graves consecuencias de su idea, sus tropas en tres partes, para rodear al enemigo.

Lorenzo Stanwood y Roberto Langdom siguieron con el General, aquél como Teniente y éste como simple soldado.

Lorenzo, que no había podido acallar el grito de su conciencia, presintió, poco antes de entrar en fuego por primera vez, que su fin estaba próximo; y tomando aparte al General, le dijo, sinceramente arrepentido:

—Tengo un presentimiento... Creo que no me

libraré con bien de este combate... Y quiero descargar mi conciencia... Hubo un momento en que no me porté bien con Langdom, permitiendo que lo expulsaran de la Academia.

El General miró con severidad al cobarde que al fin se redimía, y le dijo:

—Escriba usted una nota y yo la enviaré con mis despachos.

Así lo hizo Lorenzo y siguieron avanzando los pocos hombres que iban a encontrarse dentro de unos momentos con tan crecido número de indios como había en el campamento de Yotanka preparados para la sangrienta lucha.

De pronto gritó Langdom:

—¡Los indios vienen!

En efecto, una nube compacta se dibujó en el monte, sorprendiendo al General, por el insospechado contingente de enemigos.

A poco la batalla estaba dada, y los muertos, en ambos bandos, eran numerosos.

La defensa de los blancos fué heroica, sublime, pero inútil. Murieron todos, quedando únicamente con vida Langdom, que se fingió, cuando todo estaba perdido, muerto junto a su General.

Las otras alas de las tropas del General fueron también destruidas completamente ante la avalancha.

Langdom llevó la noticia del desastre al fuerte, recibiendo un rudo golpe el senador Stanwood, adivinando una traición.

Y en el corazón del bravo Langdom floreció

el deseo de venganza. Reunidos los soldados que quedaron en el fuerte, y también los hombres que vivían en la región, todos armados, les dijo:



—¡Los indios vienen!

—Nuestro General deseó siempre castigar a Belden, causante de todo... ¡Aun después de muerto hemos de cumplir sus deseos!

Los hombres siguieron a Langdom para castigar a Belden. Además, Langdom acaba de enterarse de que Betty estaba encerrada en la taberna del miserable, y su caballo volaba.

En tanto, el senador Stanwood, leyendo las notas del infeliz General, traídas por Langdom,

se enteraba de que éste se había sacrificado en la Academia por Lorenzo aceptando la culpa en su lugar.

Langdom atacó con sus hombres los dominios de Belden y salvó a Betty después de luchar con él y entregarlo a los demás para que diesen fin a su vida de infamias, incendiando luego la taberna.

**

El Presidente de la República de los Estados Unidos prometió formalmente al senador Stanwood que los culpables — cuyos nombres no ignoraba — de lo ocurrido en Dakota serían castigados ejemplarmente, y ordenó que el nombre del general Custer fuese venerado en toda la nación.

En cuanto a Langdom... al brillar la verdad, Betty le amó más que nunca, señalando el senador una fecha muy próxima para la boda... y fué nombrado oficial para, teniendo en cuenta sus brillantes estudios, rehabilitarle cumplidamente.

FIN

¡MUY EN BREVE!

NUMERO ALMANAQUE 1927

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

Próximo número:

La leyenda árabe

EL HIJO DE OMAR

Protagonista : **RAMÓN NOVARRO**

Exclusiva de Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Interesante asunto. Numerosas fotografías.
32 páginas 25 céntimos

¿Ha comprado usted ya **EL GRAN DESFILE**

2.º libro de la Novela Semanal Cinematográfica
Ediciones especiales?

Si no lo ha hecho ya, es probable que no encuentre un solo número en los quioscos. Véalo en seguida. Exito sin rival. Novela que no debe faltar en ningún hogar. Amor de novia verdadera. Amor de madre. Ejemplos admirables.

EL DIABLO SANTIFICADO

por RODOLFO VALENTINO, se ha agotado;
y se agotará también

LA CALLE DEL OLVIDO

por Mary Brian, Percy Marmont
y Neil Hamilton

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films.*
de la Novela Semanal Cinematográfica